



EL HUÉRFANO ARAGONÉS.

MUCHOS de vosotros, amigos míos, tal vez ignorais lo que es una invasión; pero á lo menos sabéis lo que es la guerra. La guerra, no es verdad? es el azote mas terrible que pesa sobre las naciones, y sin embargo por la invasión empiezan y concluyen algunas veces casi todas las guerras; la invasión es el ultimo acto y aun el primero de casi todos esos dramas sangrientos que se ejecutan con harta frecuencia en nuestro pobre mundo, y que se reducen á soldados victoriosos que caen sobre un pueblo vencido; el robo, el pillaje, el asesinato, todos los crímenes en fin, porque aunque muchas veces quieren los jefes de los vencedores que

sus victorias no se manchen con el menor exceso, ¿cómo contener á soldados, irritados con la resistencia y embriagados con el triunfo? ¿cómo contener, sobre todo, á esos soldados, si pertenecen á uno de los pueblos que la civilizaci6n no ha conquistado todavía? Porque la civilizaci6n, amigos míos, no alumbra á todos los pueblos del universo, ni aun siquiera á todos los de Europa.

Hay treinta y seis años que nuestra España sufrió el azote de la invasi6n, y Dios quiera que vosotros, que ni habeis sido testigos ni víctimas de semejante calamidad, vosotros que entonces no habiais nacido, no esperimenteis los males que la invasi6n lleva consigo! Pero si el mal genio que preside los destinos de nuestro país, no os preserva de tamaño desastre; si alguna vez vuelve á amenazar á nuestra patria y á vosotros mismos, cuando ya seais hombres y vuestro brazo pueda manejar un fusil, oh! acordaos entonces de que el que rechaza la invasi6n, combate por su independencia, por sus bienes y por su vida; que lucha por la vida y el honor de su esposa, sus hermanas y su madre, cuando tiene esposa, madre ó hermanas.... Acordaos de todo esto, amigos míos!

Invasida la España en 1808, las poblaciones de Aragon sufrieron cual ninguna los desastres de la guerra. Si alguna vez pasais por Aragon, mirad con detenci6n muchas de sus aldeas, y vereis que casi todas las casas son nuevas, pues los franceses incendiaron las modestas viviendas de los pobres aragoneses, teniendo estos que edificarlas de nuevo. Reparad tambien en los pobres habitantes de las aldeas, y les vereis á pesar del tiempo transcurrido, ocupados en formar de nuevo lenta y laboriosamente la fortuna que el enemigo incendi6 ó destruy6. Preguntadles, y os hablarán de la guerra de la independencia, cuyos dolorosos recuerdos no han podido borrar treinta y seis años de infortunios y desgracias, producidos, entre otras causas, por aquella injustísima agresión.

Hoy vamos á contaros una desgracia particular de esas que siempre arrastra en pos de sí la guerra.

En la época de que venimos hablando, una poblaci6n de Aragon bastante conocida hoy, rehusaba abrir las puertas á los franceses, sin embargo de que á fuerza de paciencia y de reiterados ataques se habian apoderado de un arrabal. Allí encontraron una resistencia mas que encarnizada, pues los habitantes con la ayuda de algunos parapetos formados de prisa, habian cerrado el paso á la caballería enemiga, á la cual arrojaban desde las casas toda especie de proyectiles: hasta los muebles se convertian en armas entre sus manos, pues los dejaban caer sobre los insolentes invasores, mientras que desde las esquinas y las ventanas se les dirigía un fuego continuado y mortífero.

Telesforo Amado y su hijo Anselmo, que apenas contaba doce años, ardian en deseos de impaciencia oyendo á lo lejos aquel rumor amenazador y guerrero: ambos, y sobre todo Anselmillo á pesar de su edad, hubieran querido tomar parte en una lucha que ofrecia tantos peligros; pero la tia Antoñica, su madre, á fuerza de sollozos y lágrimas les habia arrancado la promesa de que no saldrian de casa, de que no irían á exponerse á la muerte!

Entre tanto cesó el fuego algunos instantes, y la tia Antoñica creyó que la refriega habria terminado, ya porque fatigado el pueblo de una lucha sobrado larga, hubiese capitulado, ya porque los enemigos, cansados de un sitio inutil, desistieran de su intento. Anselmo se ofreció á salir para averiguar lo que habia; pero su madre, temiendo mas por su hijo que por ella misma, no lo permitió, porque conociendo á aquel animoso chico, temblaba que si el pueblo no se habia rendido, Anselmo, llevado de su carácter belicoso, olvidase su promesa, uniéndose á los combatientes. Ella misma salió, pues, á pesar de la doble resistencia de su hijo y de su marido.

Telesforo y Anselmo la esperaron al principio con alguna inquietud; pero luego que hubieron transcurrido algunos instantes sin que pareciese la tia Antoñica, los dos sin decirse una palabra, se arrojaron á la calle para correr en su busca, cuando se ofreció á su vista un cadáver llevado por cuatro jornaleros en mangas de camisa y con el rostro ennegrecido de la pólvora. «Venganza!» iban gritando con voz atronadora: «venganza!» repetian enseñando aquel cuerpo inanimado. Telesforo y Anselmo lanzaron hácia el cadáver una rápida ojeada, y reconocieron el uno á su esposa, el otro á su madre! Sí, amigos míos, era el cadáver de la tia Antoñica, y aquellos hombres lo llevaban así para animar á los habitantes, inspirándoles el deseo de la venganza. La imprudente, llevada de la curiosidad, habia ido sin saberlo á adquirir noticias seguras al mismo teatro de la lucha, y un tiro, destinado á otro tal vez, la habia muerto en el camino, pues vuelto á comenzar el combate en aquel mismo momento, no la fué posible retirarse.

Calculad cuál sería la desesperacion de aquel pobre marido; pensad cuál no sería el dolor de Anselmo: no seré yo quien pueda pintaros sus estremos, pues hay impresiones tan profundas y terribles que el Diccionario, que ninguna lengua del mundo tiene palabras para poder espresarlas. Para comprender esos dos grandes dolores (los mayores sin duda que pueden poner á prueba el valor de un hombre), el dolor de un hijo que ha perdido á su madre, y el de un esposo que llora la muerte de su esposa, quizá es necesario, queridos niños, haberlos sentido uno mismo. Lo que yo puedo deciros es que desde aquel momento Telesforo y Anselmo solo respiraron venganza; que su valor cobró

nuevas fuerzas. Anselmo, sobre todo, aquel hijo entrépido, que adoraba á su madre, sintió hervir en sus venas su sangre juvenil, y preguntó á uno de los cuatro jornaleros:

«Ha visto V. al asesino? lo conocería V.? Oh! si le conoce V., lléveme á donde se halle; venga V. á enseñármelo.»

El pobre Anselmo al oír á su hijo, le miró con orgullo, y le abrazó llorando y diciéndole:

«Ven, asociemos nuestras venganzas.»

Y partieron seguidos del jornalero, quien justamente habia visto al polaco cuya bala habia alcanzado á la infeliz mujer, y aseguraba le conocería.

Ya en el campo de batalla, los dos se colocaron detras de las casas con algunos otros vecinos del pueblo; y allí, armado el uno con un fusil, y el otro con una pistola en la mano, se encarnizaron contra el soldado polaco, disparándole sin cesar; pero ay! estaba escrito alla arriba que Anselmo perdiese aquel día á su padre despues de perder á su madre: una bala disparada por la misma carabina y arrojada por la misma mano del cosaco, alcanzó á Telesforo antes de vengarse, y le tendió sin vida á los pies del infortunado mancebo.

Figuraos lo que pasaria entonces en el alma del jóven aragonés. Hasta allí el fuego le habia inspirado cierto terror, y á pesar de todo su valor habia temblado algunas veces al oír silbar las balas; pero luego que vió caer á su padre, la desesperacion le prestó audacia, y siempre armado con su pistola, fué á colocarse á treinta pasos de la caballería enemiga, á treinta pasos del fatal polaco, detras de algunas casas. Allí asestó sus tiros desde mas cerca y mas lentamente, con mas cuidado que antes, porque aquel niño necesitaba la vida del soldado que acababa de dejarle huérfano.

Disparó, pues, el primer tiro y erró: sin embargo, mientras apuntaba, los ginetes enemigos hubieran podido matarle á tan corta distancia; pero se compadecieron de él, ó por mejor decir, despreciaron á un enemigo tan débil. Tal vez creereis, queridos niños, que Anselmo se desanimó entonces, y os engañais: disparó un segundo tiro siempre á igual distancia, y tampoco acertó: entonces se irritaron los franceses con semejante audacia, y Anselmo que les vió cargar sus armas, apenas tuvo tiempo para esconderse detras de las casas; por un resto de compasion no le persiguió la caballería. Anselmo á pesar de todo esto, no perdió el valor: el obstinado mancebo apareció por tercera vez frente á los enemigos, los cuales le miraron entonces con una sorpresa que tenia mucha parte de admiracion. Apuntó perfectamente, disparó sin que le temblase la mano, y la bala fué á dar en el pecho del cosaco.

¿Sabeis, amigos mios, lo que hizo entonces el pobre Ansel-

mo? en vez de huir para ponerse á cubierto, se arrojó sobre el cadáver de su padre, y le abrazó llorando. Aquellas eran las primeras lágrimas que vertía desde la muerte del infeliz Telesforo; pero eran lágrimas de alegría, pues estaba contento: ¿no habia muerto al polaco, vengando á su padre y á su madre? Sí, amigos míos, fijando sus lábios en los frios lábios del cadáver, á su vez esperó la bala que debía herirle, no queriendo huir: ¿qué iba á hacer en este mundo un huérfano desgraciado, sin madre que le acariciara, sin padre que le diese consejos y pan? faltándole trabajo, ¿cómo podia vivir? ¿iría á mendigar, á tender su pobre mano á los que pasasen por delante de él? Oh! no, mejor quería morir! Y luego, ¿es fácil que uno viva cuando ha perdido á su padre y á su madre en un mismo día; siendo buen hijo, teniendo doce años, y viéndose pobre y sin familia?

La bala que pedía no tardó mucho en irle á buscar: herido en el corazon, exhaló un suspiro, y cayó muerto sobre el cadáver de Telesforo Amado. Al dia siguiente todo el pueblo sintió la muerte del pobre aragonés, admirando al mismo tiempo su heroismo y piedad filial.

Niños que leáis este relato, ¿no es verdad que tambien para vosotros es admirable la muerte del pobre Anselmo, sacrificado por los franceses? Noble mancebo! si la muerte no hubiese ido á cortar el hilo de sus pocos dias, tal vez hubiera llegado á ser un buen militar, puesto que era valiente y decidido.

S. D.

EL CUENTO DE LA ABUELA.

Era por el mes de enero, y el elegante reloj de palacio daba las siete. A un lado de la chimenea y sentada en una enorme poltrona de levantina color de punzó, dormitaba la condesa viuda de Lambres, digna y respetable mujer que entraba en los setenta y cinco años. Pocos cabellos rubios habian adornado con sus doradas hebras una cabeza mas seductora que la de la condesa á los veinte años; pocos ojos amables y melancólicos con su azul habian tenido la espresion que los suyos conservaban todavia, y pocas mujeres habian sido mejores hijas y mejores madres!... La naturaleza pródiga de sus dones para con la de Lambres, no le escaseó las cualidades del alma, y bien jóven, se la notaba mas por sus virtudes todavia, que por su brillante hermosura.

Llegada á la edad en que cada paso que se da en la vida nos acerca á la tumba, la condesa no hallaba en el mundo goce mas vivo que consagrar sus últimos dias á formar el entendimiento y el corazon de su nieta la tímida y blanca Elena. Era esta niña la que habia nacido la última de su numerosa familia, y que la señora de Lambres amaba sobre todo. Quizás es preciso perdonarle esta debilidad, porque la nieta se parecia á ella como un lirio se parece al lirio abierto en el mismo tallo, y experimentaba una orgullosa dicha en ver sus facciones reflejarse suaves y brillantes sobre el rostro jóven de Elena!

Así, pues, todas las noches luego que la hija mayor de la condesa se habia puesto á su tocador con las hermanas de Elena, la venerable abuela llamaba á su niña querida, y le contaba historias largas é interesantes hasta la hora en que su niñera venia á buscarla para dormirla en su camita de cortinas menudas blancas que su alma.

Habia veinte minutos que la señora de Lambres estaba sola, cuando la puerta del salon se abrió, y una hermosa y deliciosa niña se acercó lentamente. Tendría unos diez años, y jamás pintor ha imaginado una figura mas celestial.

—Abuelita! pronunció su voz sonora; ¿duermes?

—No, angel mio, respondió la abuela, poniéndosela sobre sus rodillas; te aguardaba.

—Mi madre y mis hermanas se estan componiendo al tocador para ir al baile, dijo la dulce vocecita. No me acostaré antes de las nueve; tú vas á contarme una historia ¿no es así?

Y viendo que la señora de Lambres la miraba sonriéndose, continuó:

—Eh! no me lo puedes rehusar. He trabajado tan bien hoy! ¿Sabes que he descifrado á primera vista la sonata que mi maestro de música me ha traído esta mañana, y que no ha puesto una falta de ortografía en mis lecciones de gramática?

—Todo eso lo sé, amor mio, interrumpió la condesa; y sé además que has bajado furtivamente ayer tarde á llevar el dinero que te habia yo dado de aguinaldos, á ese pobre albañil, nuestro vecino, que se ha roto una pierna. Así no es posible rehusarte una historia.

Elena ocultó en el seno de su abuela el bochorno de su linda frente, que la abrazó mas estrechamente todavia, se enjugó los ojos que habian humedecido algunas lágrimas, y haciendo sentar á la encantadora niña en un taburete junto á ella, se saboreó con un polvo tomado con lentitud y empezó así:

II.

Luisa tenía quince años: era hermosa que valia mas todavía, era buena y había en su habla cierta melancolía; se reconocia en ella una de esas almas tiernas y piadosas que se envuelven en los velos de la soledad, para meditar en el cielo sobre la tierra! Mas ¡ay! sobre aquella frente juvenil, tan cándida y tan pura, la desgracia habia grabado su indestructible sello. Jamás se veia retozar en los labios de Luisa la grata sonrisa que ondula en una boca de quince años. Al hacer el primer alto en la vida, se detuvo cansada y quebrantada por un profundo dolor! ¡Pobre chica! Jamás sus ojos habian encontrado la sonrisa de una madre. Cuando el agua santa del bautismo la puso en el número de los hijos de Cristo, su padre no habia llorado de gozo estrechándola en sus brazos tan fresca y tan blanca! Luisa era huérfana! Su padre habia muerto en el campo de batalla; su madre dándola á luz, ambos no le dejaban por única herencia mas que una cruz colocada por su general sobre el pecho del valiente, y una biblia que tenia casi borradas las letras por las lágrimas de la viuda.

Luisa fué recogida por un sacerdote anciano, hombre de nobles pensamientos, que la educó como una virgen que se quiere consagrar al Señor; y la triste huérfana vió todavía brillar alegres rayos del sol bajo el techo hospitalario del anciano. Mas Dios llamó á sí aquella alma marcada hacia mucho tiempo con el sello de los elegidos, y la desventurada Luisa se encontró de nuevo sola en el mundo, y combatida por el viento de la adversidad... Sin pan, sin asilo, sin tener mas apoyo que el de aquel que provee de alimento á los pajaritos.

El anciano sacerdote habitaba no lejos de Sevilla, en una aldea, de cuyo nombre no me acuerdo. Bendecido, adorado de cuantos le rodeaban, se hubiera creído ver á Masillon, en aquel modelo de virtudes evangélicas.

— Buena mamá, interrumpió Elena, creo haber leído en la historia de Francia ó en la geografía, que Masillon fué obispo de Clermont!

— No te has equivocado, replicó la señora de Lambres, y me complace ver que tus lecturas dejan algunas reminiscencias en tu memoria; sin embargo en cosas de esta importancia, hija mia, no se ha de decir: «creo»... sino sé, estoy segura... No olvides esto. Ahora volvamos al digno sacerdote.

Cuando este descansó en su tumba cubierta de rosas del Guadalquivir, quedó la aldea sumida en el mas vivo dolor; sin embargo, ninguno de aquellos hombres que lo lloraban vino á jurar á su sombra inquieta que protegería á la huérfana idolo de su co-

razon, y le daría un poco de ese amor paterno, que tanto necesitaba.

Un labrador bastante rico se hizo al fin cargo; ay! de la triste Luisa; y en breve se vió á la delicada niña que el buen pastor habia criado tan delicadamente, despertar al romper el día, guiar los ganados del labrador por las fértiles llanuras mientras duraba el día, y no volver hasta bien entrada la noche á abrigarse bajo su techo de paja.

Frecuentemente cuando empezaba á reinar el silencio de la tarde, y el cantar del retardado pastor despertaba con su rústica melodía los adormecidos ecos de la montaña, veíase á la huérfanita sentarse en las orillas de un sendero puesto entre dos precipicios, inclinar su cabeza sobre su mano y mirar pasar á lo lejos grupos de alegres segadores, de morenas y esbeltas jornaleras; la una apoyada sobre el brazo de su padre, la otra mostrándole sonrisa al que mas adelante debia llamarse su esposo.

—Ah! decia para sí la pobre Luisa; qué felices son! Cuando vuelven á su humilde cabaña, son siempre acogidos por una mirada afectuosa! Ellos no conocen este espantoso aislamiento que entristece todos mis días. Ellos tienen una familia, amigos, seres que toman interés en su existencia!... y yo no tengo á nadie! nadie que me sujete y retenga acá abajo... Y si muero nadie, nadie vendrá á rezar sobre mi tumba.

Pero no obstante todos los pesares que la consumian, la huérfana jamás dejó de esperar en las bondades de la Providencia; y el altar que habia levantado en su corazon á la religion y á la virtud, brillaba con el mismo puro esplendor que el día de su primera comunión....

Habia ya dos años que Luisa guardaba los rebaños del labrador; y una tarde de julio, el aire caliente, y grandes nubes rojizas agrupadas al horizonte parecían encerrar el rayo en sus entrañas. Tranquila como la inocencia, dormia la huérfanita al borde del precipicio, arrullada por un sueño mas dulce que la realidad de la vida! Habia por fin encontrado la familia que reclamaba con tanto ardor! su corazon palpitaba estrechado por el de su madre, y su padre pasaba los dedos con cariño entre los rizos de su cabellera.

De pronto unos tristes lamentos vinieron á turbar el dorado sueño de Luisa! Mas pronta que el ligero camello acudió volando hácia los que gemían, y cuyos gritos la parecieron salir de una inmensa barranca.

Un coche medio roto estaba volcado en medio del torrente; junto á un árbol agobiado por la edad, un anciano parecia dormir el sueño eterno, y su cabeza descansaba descolorida sobre el pecho de una jóven que repetia con voz dolorosa: padre mio! padre mio muy querido, responde á la voz de María...

Además, para completar esta escena de desolacion, á algunos pasos de allí, tendido sobre un espeso matorral, un pobre viejo lacayo en el mismo estado que su amo, se hallaba privado de sentido.

El corazon de Luisa se afligió; ella padecia cuando veia padecer. Muy cerca del torrente oculto por una cortina de álamos blancos, corria un arroyo. Corrió á él inmediatamente y trajo en una basija de barro agua fresca, con que regó la frente de los dos ancianos. Al fin tuvo la suerte de verlos volver pronto á la vida, y dirigiéndose á la jóven la dijo que no llorase. Su voz era tan armoniosa pronunciando estas palabras de consuelo, que María la miró con la mayor sorpresa, como quien no podia comprender que una pobre pastora se expresase así. Luisa adivinó su pensamiento y se sonrió tristemente. Entonces cambió la escena: la jóven se abrazó á la huérfana, el anciano cogió su mano, y el criado se arrodilló ante ella; habia mucho tiempo que la desgraciada no se habia visto rodeada de afectos tan tiernos... Dios mío! pensaba, si mi sueño irá á realizarse!...

—Conduceme á donde estan vuestros padres, exclamó el padre de María; muy envanecidos deben estar por tener una hija como tú.

Luisa ocultó su cabeza en sus manos; la ráfaga de esperanza que habia un momento embellecido su rostro, se oscureció: solo pudo responder.

— Esos por quienes pregunta V. están en el cielo!

Despues les contó su vida, sus pesares, su aislamiento, el sombrío porvenir que se desplegaba delante de ella, todo en el lenguaje mas puro, que los tenia admirados, y Luisa acabó suplicándoles la permitiesen retirarse para conducir sus ganados al establo, porque el sol habia una hora que se habia puesto ya.

María quería retenerla, y una mirada de su padre se lo impidió.

—¡Pobre víctima! dijo el anciano compadecido; ¡Dios te guarde! ¡tus males van á tener un término! Yo seré tu padre, María tu hermana; dentro de un mes, cuando el sol se haya puesto, y la luna blanquee el firmamento, volveremos á esperarte en este mismo sitio: sé exacta en acudir á la cita.

Partieron.... pero no sin que la manita de María hubiese dejado de poner al cuello de Luisa la cadena de oro que brillaba en el suyo.

El dia siguiente todo el mundo decia que el anciano era el marqués de San Mauricio, cuyo palacio elegante se dejaba ver á alguna distancia de la aldea. El hombre que venia de conducir allá el coche medianamente recompuesto, repetia á todo el que quería escucharle que nada habia tan magnífico como el interior del palacio; pero que tambien nada habia que pudiese igualar

la afabilidad del baron y de su hija María. Añadía que ambos le habian hecho mil preguntas afectuosas relativas á la linda Luisa, de donde infería que antes de poco la huérfana sería admitida al honor de presidir el pastoreo del castillo. Se engañaba. El ojo observador del M. de San Mauricio habia descubierto en la hija adoptiva del buen pastor, algo mas que una pastora. Sobre aquel pálido rostro donde habia visto pintarse sucesivamente las emociones del dolor y las de la esperanza, él habia desde luego graduado el alma de la jóven. No era tampoco una camarera ni una doncella de servicio la que quería hacer de Luisa. María era su única hija, y quería darla una hermana.

Un mes habia pasado: el cielo estaba todavía cargado de nubes, la brisa caliente, el silencio profundo; pero la huérfana sentada sobre el musgo de la torrentera, no dormía.... El ruido de un coche se oyó, y este se detuvo al pie del monte. María bajó de él, y dió un brazo á Luisa: algunas palabras sueltas se pronunciaron, y el coche partió de nuevo. Los ganados del colono regresaron solos al establo, y al día siguiente todos los habitantes de la aldea sabian el destino feliz de Luisa. Todos se alegraron, porque todos la amaban.

El marqués queriéndola hacer olvidar mas pronto los pesares que la habian oprimido, emprendia con ella y María un largo viaje á Italia: la huérfana no estaba ya sola en el mundo. Como se lo habia prometido San Mauricio, tenia un padre y una hermana: su sueño casi se habia realizado.

La señora de Lambres calló por un momento. Elena permanecía con el cuello extendido y la boca abierta, esperando con impaciencia el fin de la narracion. La anciana continuó:

—Pasados cuatro ó cinco años se contaba que un dia en la aldea que habia visto nacer á Luisa, se detuvo una lucida silla de posta, precedida de lacayos con librea. Se estaba en principios del mes de mayo, y la aurora apenas plateaba los cielos. Una jóven rubia y agraciada salió del coche seguida de un jóven: ella le llamaba Carlos, y él la tuteaba. Se comprendió que era su marido. Los dos subieron por el monte donde la huérfana conducia en otro tiempo sus ganados á pastar, se sentaron junto á la torrentera, se divertieron como niños en cojer las rosas silvestres que inclinan sobre el precipicio sus cabezas embalsamadas, y luego que se ocultó el sol regresaron á la aldea. Allí derramaron como el agua de las fuentes el oro y los beneficios, ydijeron al partir á los paisanos que lloraban de alegría besándoles las manos:

—Amigos míos, si alguna vez os alcanza la desgracia, acudid al palacio de... allí encontrareis á Luisa!

Se habla hoy todavía en aquel pais de la beneficencia de la condesa de la Estrada, que jamás quiso llamarse mas que la condesa Luisa.

—¡Oh! buena abuelita, como me gusta este cuento, exclamó Elena: ¡qué tranquila respiro al considerar á la pobre Luisa feliz! Temia tanto que hubiese sufrido siempre.

—Escucha, Elena mia, replicó la de Lambres: persuádate bien de una cosa, haz de ella la regla de todas las acciones de tu vida: esto es, que Dios nunca abandonará al alma que confía en su misericordia, y que el que toma por guía la religion y la virtud, encuentra siempre la felicidad, ó al menos el reposo del alma, el mas precioso de todos los bienes.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Telégrafo del ministerio de lo Interior en París.—Historia de Chappe.—Señales de marina.—Telégrafo eléctrico.

Habrán unos tres años que en una especie de torre construida entre los edificios del ministerio en París, se instaló el telégrafo central que trasmite las órdenes y comunicaciones del gobierno á los departamentos, y que á su vez recibe las respuestas, advertencias y partes dirigidos al gobierno. La invencion de los telégrafos solo data de fines del último siglo, sin que por esto vayais á creer, estudiosos niños, que la antigüedad no tuvo medios de transmitir con prontitud un aviso á grandes distancias, porque hogueras encendidas allá en la cúspide de las montañas, han servido no pocas veces á los pueblos, sobre todo en los países montañosos, para orientarse mutuamente de algunos hechos que les interesaban en alto grado, como por ejemplo una invasion enemiga, y de consiguiente la necesidad de alzarse en masa para oponerse á la irrupcion. Probablemente así fué como en el interior de la Galia, los pueblos se enteraron de la llegada de las tropas romanas al mando de César.

En el mar hace mucho tiempo que las escuadras tienen señales que sirven al almirante para comunicar sus órdenes á los navíos y fragatas que forman parte de su escuadra ó flota; órdenes que por lo regular se refieren á las maniobras que hay que ejecutar, y que se expresan ó indican por medio de pabellones de diversas formas y colores, hizados en la punta de los mástiles para que puedan ser vistos de lejos. Como cada uno de estos pabellones tiene su significacion particular, los comandantes de los buques, enterados de ella, pueden cumplir fácilmente las órdenes que reciben por semejante medio; pero como acabamos de decir, las señales se refieren únicamente á las maniobras que es preciso ejecutar, las cuales no son en gran número.

Habíase procurado en el último siglo hallar medio pronto y fácil de comunicarse en tierra con los sitios lejanos, y ya muchas personas habían ideado operaciones mas ó menos ingeniosas para lograr este objeto, cuando un francés, llamado Chappe, resolvió el problema, inventando los telégrafos tales como existen en el dia. Como tuviese extraordinaria disposición para las ciencias, y viviera en el departamento de la Sarte, donde habia nacido, concibió la idea de buscar el medio de comunicarse con presteza con unos amigos que residían cerca de allí, y para esto inventó una máquina muy sencilla que podia verse de lejos, y cuyas diversas y movibles partes figuraban con facilidad una palabra ó una idea. El buen éxito de su descubrimiento le dió valor para llevar sus miras mas lejos, y concebir un sistema completo de correspondencia por medio de su telégrafo. Propuso, pues, su invención al gobierno francés, el cual mandó se hicieran los correspondientes ensayos, y las circunstancias sirvieron no poco al inventor, porque declarada la guerra contra el Austria, las tropas francesas tenían sitiada la plaza fuerte de Condé, y Chappe estableció telégrafos desde el cuartel general hasta París. Luego que la plaza fué tomada, comunicó la noticia á la capital por medio de su ingeniosa máquina, y gustó mucho saber un suceso tan feliz una hora despues de haber tenido lugar: por el mismo medio el gobierno dió á las tropas victoriosas gracias, y supo en el mismo dia que esto produjo gran entusiasmo en el ejército.

Como ya entonces no podia dudarse que los telégrafos de Chappe eran un medio excelente de comunicacion, resolvióse establecer en Francia líneas telegráficas, es decir, telégrafos desde París hasta las fronteras, y Chappe fué nombrado, como era justo, para dirigir y plantear el nuevo sistema. Muchos obstáculos tuvo que salvar el inventor, el cual recibió muy corta recompensa, muriendo en la oscuridad y el abatimiento; pero el tiempo ha probado mas y mas lo excelente de su descubrimiento, que ha sido adoptado en muchos países de Europa.

La Francia cuenta hoy dia cinco ó seis líneas telegráficas que parten de la torre del ministerio de lo Interior, y se dirigen una á Lille, otra á Calais, la tercera á Brest, la cuarta á Leon y Bayona, y la quinta á Strasburgo, á cuya última ciudad trasmiten órdenes cuarenta y seis telégrafos, cincuenta á Leon, y ochenta á Brest.

En diez minutos llegan las comunicaciones á estas ciudades; pero cuando el despacho es largo, se necesita mas tiempo para que los telégrafos puedan expresarse por señas, y trasladar su contenido. Así, gracias á esta invención, un suceso importante que suceda en la capital, puede saberse en menos de una hora en las extremidades del reino y reciprocamente.

Se ha perfeccionado mucho este invento, y se cree en la posibilidad de no emplear para comunicarse de un extremo á otro

del reino mas tiempo que el necesario para enviar un mensaje de un cuartel de París á otro, y obtener la respuesta. Lo mas ingenioso de este invento, es que todo el mundo vé maniobrar los telégrafos, y á escepcion de los jefes, nadie sabe lo que dicen, y cuáles son las demás órdenes que comunican, de suerte que una carta cerrada no guarda mejor el secreto.

Pero para que los telégrafos puedan operar bien, se necesita que el tiempo esté sereno, pues las brumas y, sobre todo, las tinieblas, impiden su uso, y así en invierno se interrumpe muchas veces el servicio de los telégrafos, el cual se hace imposible de noche. Por esto se han hecho ya muchos ensayos para valerse en las tinieblas de telégrafos luminosos; mas hasta el presente no han ofrecido al parecer resultados muy satisfactorios.

Un descubrimiento muy reciente, y que solo se ha ensayado hasta aquí en pequeño, son los telégrafos eléctricos, los cuales consisten en cuerdas metálicas tendidas como las de un piano, y que representan letras, como las cuerdas del piano responden por el orden con que están colocadas á las notas cuyo sonido expresan. Supongamos ahora que las cuerdas estén estendidas desde un aposento á otro, y que dos personas conocedoras del valor de cada cuerda se hallan colocadas á los dos extremos; es evidente que una de ellas para trasmitir una ó mas palabras á la otra persona, no tiene mas que dar un movimiento eléctrico á las cuerdas que representan las letras de que se compone la palabra, ó las palabras si son muchas. Este movimiento recorre con la rapidez del rayo toda la cuerda, cualquiera que sea su estension, y la persona colocada á la otra punta ó extremo, puede juntar las letras muy facilmente é interpretarlas; si las cuerdas están encerradas en un conducto que pase por debajo de tierra, las dos personas pueden comunicarse, sin que nadie vea nada, y aun sin que lo sospeche. De consiguiente, si fuese posible establecer estos conductos para cuerda de una poblacion á otra, la comunicacion entre ellas podría ser tan rápida como una conversacion de viva voz, y este medio llevaria gran ventaja á los telégrafos. ¿Pero será posible emplearlo en largas distancias? esta es la cuestion. El tiempo dirá si este invento es ó no de mayor utilidad práctica que los telégrafos hoy conocidos, los cuales han acertado ya las distancias para la correspondencia, como los caminos de hierro la han acertado respecto á los viajeros.

RASGO DE HUMANIDAD.

Un jóven fué detenido en una callejuela por uno que le pidió la bolsa ó la vida; y como un corazon animoso y sensible distingue la voz del desgraciado á quien la miseria arrastra al crimen

de la del malvado que se deja arrebatar por la perversidad, él conoció que debía salvar á un infeliz. «¿Qué pides, miserable? ¿qué pides? dijo á su agresor en tono imponente.—Nada, señor, le respondió sollozando: nada pido á V.—¿Quién eres? ¿en qué te ejercitas?—Soy un pobre aprendiz de zapatero, y no puedo dar de comer á mi mujer y á mis cuatro hijos.—¿Si será cierto! ¿dónde vives?—En tal calle, en compañía de un tahonero.—Guíame pues!»

Subyugado el zapatero por un ascendiente imperioso, condujo al joven á su morada, que parecía un calabozo, y enterado de la verdad de lo que el desgraciado había dicho, dió dos duros al tahonero, con orden de que facilitase á la pobre familia el pan necesario. Algunos dias despues volvió á ver los niños á quienes había dado una segunda vida, y dijo á su padre que le siguiese. Hízolo este así, y su protector le condujo á una tienda recién montada, con todos los muebles necesarios, las herramientas y el material para ejercer su profesion. «¿Serías hombre de bien y estarías contento si esta tienda fuese tuya?—Ah, señor!.. pero... Qué!—No tengo para pagar el subsidio.—Ven conmigo.»

Satisfecha la cantidad debida, el zapatero se instaló en su tienda, que está situada en una de las principales calles de Madrid. El autor de este bello rasgo de humanidad es joven de unos veinte y siete años, y jamás se ha dado á conocer al artesano, cuyo establecimiento se calcula le costó mas de cuatro mil reales.

EL ALDEANO GENEROSO.

Arrebatados los arcos de un puente de resultas de una gran avenida, solo quedaba el del medio, sobre el cual se hallaba una casa habitada por una familia entera. Desde la orilla se veía á aquella familia desolada tendiendo las manos en señal de súplica, y pidiendo socorro, porque la fuerza del torrente destruía de una manera visible los pilares del arco. En tal peligro, el propietario de unas tierras inmediatas prometió cien duros al que tuviese valor para ir en una barca á salvar aquellos infortunados; pero ninguno se atrevió á intentarlo por miedo á ser arrebatado por la rapidez de las aguas, ó de morir aplastado bajo el arco ruinoso. Afortunadamente pasó un joven aldeano por allí, y enterado de la empresa y el premio saltó á una lancha, llegó á fuerza de remos á la mitad del rio, abordó el arco, y se aferró al pilar aguardando á que toda la familia, padre y madre, jóvenes y viejos, se descolgasen por una cuerda, entrando en la barca. Hecho esto les dijo: «valor, porque estais salvos», y luchando con el empuje de las aguas comenzó á remar, ganando aunque con trabajo la orilla.

El propietario quiso darle la recompensa prometida; pero el aldeano le dijo: «yo no vendo mi vida; con mi trabajo gano lo suficiente para mantener á mi mujer y á mis hijos, y solo deseo que dé V. ese dinero á esta pobre familia, que lo necesita mas que yo.»

HISTORIA SAGRADA.

IV.

Castigo de Jezabel y de la familia de Achab.

Pero aun no se había aplacado la justa ira del cielo. La impía Jezabel, la esposa de Achab, la madre de Jorám vivía aun, y aquella mujer tambien debió recibir el castigo de sus crímenes. Jehu se dirigió hacia Jezrael, donde sabia se había retirado.

La reina, al saber su llegada, confió en que le templaría á fuerza de astucia y destreza.

Como estuviese muy cerca el ejército del nuevo rey, se puso en una ventana cerca de la puerta de la ciudad, y gritó:

«Entra, entra, asesino de tu Señor: igual suerte de espera, pues jamás ha quedado impune tan cruel traicion.»

—¿Quién es esa mujer? preguntó Jehu.

Pero reconoció á Jezabel, y mandó á los oficiales que le acompañaban que la arrojasen por la ventana, como así lo ejecutaron al instante. La pared se tiñó en su sangre, y los caballos pisotearon su cadáver.

Después penetró Jehu en el palacio, y un pensamiento de conmiseracion penetró en su corazon.

«Esta mujer, dijo, es hija, esposa y madre de reyes, y de consiguiente que sea enterrada.»

Diciendo esto, olvidaba Jehu los decretos del Señor; mas cuando los oficiales fueron en busca del cadáver de la reina, solo encontraron un pedazo del cráneo.

El pueblo al pasar por delante decia:

«¿Es esta la famosa Jezabel, esa reina tan orgullosa, tan despótica y temida?»

Todavía no era bastante; era preciso que el Señor saciase su cólera, y que no quedase una persona de la familia de Achab.

Jehu mandó á los habitantes de Samaria que diesen muerte á todos los príncipes de aquella familia. Eran setenta, y sus cabezas fueron enviadas en canastos al nuevo rey.

Jehu se trasladó en seguida á Samaria para esterminar á los enemigos de Dios.

Los sobrinos de Ochosias fueron sorprendidos por el rey, y aunque el Señor no había ordenado su muerte, los mandó de-

gollar, y sus cuarenta y dos cadáveres fueron arrojados en una cisterna profunda.

Hecho esto, Jehu entró en Samaria, cuando ya era rey de Israel, y no tenía rival que le disputase el poder.

V.

Muerte de los profetas de Baal.

Jehu, viéndose afirmado en el trono, pensó que debía proseguir su obra de esterminio contra los enemigos del Señor, pues el culto del verdadero Dios había sido abandonado por el de Baal, cuyos profetas eran muchos y poderosos.

A fin de reunirlos á todos en un mismo sitio y asestarles un solo golpe, mandó anunciar que iba á celebrarse una gran función en Samaria, á la cual debían concurrir todos los profetas de Baal.

El día indicado acudieron en tropel, y se dirigieron al templo de su ídolo con gran pompa.

Jehu les vió ponerse sus insignias pontificales como en los días de las fiestas mas solemnes, y mandó que todos los profanos fuesen arrojados del templo, donde solo quedaron los ministros de Baal.

Las víctimas colocadas sobre el altar aguardaban el golpe fatal. Los sacrificadores preparaban los instrumentos de muerte; al fin corre la sangre, y se lleva á cabo el sacrificio.

En aquel instante penetra en el templo un gran peloton de soldados, los cuales pasan á cuchillo á los sacerdotes, arrojando sus sangrientos cadáveres sobre las húmedas losas.

Todos aquellos impíos fueron muertos, y su sangre se mezcló con la de los toros que acababan de herir. El templo fué arrasado por los cimientos, y la estatua de Jehu cayó á los golpes de Jehu.

Este príncipe, ejecutando las órdenes que había recibido del Señor, mereció su favor.

Su profeta fué á anunciarle que para recompensar su obediencia, permanecerían en su familia hasta la cuarta generacion la corona y el cetro de Israel.

Los impíos y los malos deben temblar al ver estos terribles ejemplos de la venganza del cielo. Osados y vanos, espantan á la tierra, creyendo que el universo ha sido creado para servir de juguete á sus pasiones. Piensan que pueden cometer impunemente todas las acciones que les inspira la maldad de su corazón. Pero el día de la venganza llega, y entonces son precipitados de su grandeza, y la espada del Señor destroza sus entrañas.